

SABIDURIA DE PUEBLO VIEJO

Sabiduría de pueblo viejo. Sabiduría formada, como el vino añejo, en reposo y quietud de lentos días. Sabiduría con el sabor vario de imprevistas mescolanzas, que han ido dejando depósitos impalpables, decantados por el tiempo, en el alma colectiva.

No es el saber petulante del bachiller Carrasco, ni el incómodo de Pedro Recio de Águero, ni el inquietante del Dr. Fausto; no es, tampoco, el de las versiones actuales de aquellos en el tecnócrata o el especialista; su saber es más humilde pero a la vez más amplio, más universal. Es el saber estoico a lo Séneca, gustador de la vida con serena dignidad; el saber práctico y poético a lo Barahona de Soto; un saber que si no tiene el brillo fulgurante de la genialidad, posee en cambio un justo equilibrio entre inteligencia y experiencia. Precisamente la experiencia e inteligencia que otorga el hecho de haber sido cobijo de civilizaciones distintas: romana, árabe, judía...

Sabiduría de pueblo viejo, de pueblo que ha vivido mucho. Tiene, por tanto, esa liberalidad y comprensión que nace del contacto con culturas y gentes extrañas; el escepticismo benévolo de quien ha saboreado un protagonismo humanístico importante con su escuela talmúdica del Siglo XI y conoce, con su pérdida, lo transitorio y relativo de toda gloria, conocimiento y hecho humanos.

Pero hemos dicho que este saber es también práctico. No podía ser menos. El hombre es un ser físico y las exigencias de su naturaleza han de ser atendidas. Para ello labra la tierra, cultiva el bíblico olivo, cría, en silencio fecundo, el vino que alegrará su descanso.

No es pura casualidad que los más destacados productos del suelo lucentino nos sugieran recuerdos del Antiguo Testamento. ¡Vino y aceite! Alimento y ofrenda. Satisfacción de necesidades materiales y vehículo de comunicación con la divinidad. Vino que será sangre sangrada para saciar las ansias de eternidad del creyente; vino que aliviará crudas penalidades o prolongará alegrías. Y además el aceite: óleo sacro en el rito y complemento del pan de cada día. Y luz.

Lucena parece tener una etimología emparentada con la luz. El olivo, el austero olivo, arraigado sobre tierra, pedregosa, ofrece también, escondida en su fruto, la luz con que, en las oscuras noches, leer la historia de Rut, cantar las "lágrimas de Angélica" o escri-

GACETA

LUCENA, 21-V-1980

bir las aventuras de un loco inolvidable.

Y esta luz se hace arte en el velón. En él lo práctico se encubre, se disimula con el adorno, la filigrana y el arabesco; la belleza se erige en protagonista, y el fin específico y primario de alumbrar, pasa a humilde segundo término, a misión subalterna.

Transformar lo necesario en objeto artístico, hacer de nuestras exigencias materiales, con delicado pudor, una función de lujo, demuestra una exquisitez y elegancia que solo se dan cuando coinciden sensibilidad y talento. Y cuando existe ese sabio conocimiento de que junto a esas necesidades físicas, conviven unos apetitos espirituales y estéticos que es preciso atender con la misma premura. En el velón se conjugan ambos fines de manera perfecta; lo bello y lo útil se funden, se aunan en artístico maridaje.

Pero la sabiduría popular no es solo certera actitud ante la vida, ni sensibilidad para lo bello, ni tan siquiera experiencia histórica; es todo eso a la vez y algo más; algo inconcreto, sutil, que escapa a los recortes de toda definición. Y si sus cauces de expresión pueden ser varios, quizá ninguno sea más auténtico ni más frecuente que su forma de cantar. El cante ofrece el alma popular con una pureza que no alcanzan ni la obra de arte, en gran parte visión del autor y, por tanto, deformadora de la realidad, ni la historia, en gran medida accidente y anécdota. Y ello, precisamente, porque el cante es medio espontáneo y anónimo, algo así como un bien comunal, apto para ser utilizado indiscriminadamente por quien lo precisa, para dar salida al dolor que oprime o al amor y la risa que hinchan el pecho.

Lucena tiene, también, su modo peculiar de cantar. Un modo que puede ser ingenuo a la hora de expresar el primer amor, dolorido, al recordar un desengaño, satírico sin amargura, al describir las miserias y debilidades de nuestro mundo... Todo ello es sabiduría de un pueblo viejo.

Miguel Molina.